

Veo muy pocas veces a Antonio Acevedo Hernández. Hubo un tiempo, sin embargo, en que no sólo lo veía a cada rato sino que, mejor aun, pasaba en su compañía extensas noches y largos días. Soñamos juntos muchos sueños, corrimos algunas aventuras teatrales y hubo un momento en que, decididos a abandonar la perra vida literaria, casi nos embarcamos en una empresa industrial de vastas proporciones: la explotación de los bosques del cajón del Maipo. Abandonamos la empresa porque, a pesar de todos nuestros esfuerzos, nunca pudimos reunir el dinero que necesitábamos para adquirir ~~una gran cantidad~~ ^{tridas cas} herramientas que la empresa exigía: dos hachas de leñador. De haberlo ~~reunido~~ ^{reunido}, no hay duda de que a estas horas no quedaría árbol alguno en los cerros del cajón del Maipo, y Antonio y yo, en recompensa, tendríamos en las manos callos ~~hasta para regalar~~. De aquellos proyectos industriales me ha quedado una hermosa palabra: talhuén, nombre de un árbol indígena chileno.

Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

Pero, si lo veo poco, leo en cambio todos los artículos suyos que caen en mis manos. De este modo he leído, en la edición del Miércoles 8 de este diario, el artículo en que cuenta cómo, por haber cumplido o cumplir cincuenta y nueve años de edad, sus amigos de teatro le harán un homenaje en que será representada su obra "Arbol viejo". Pero no es ese aniversario ni ese homenaje lo que llama mi atención en ese su artículo. Lo que me llama profundamente la atención es lo que dice de sí mismo. Debo decir que pocas veces he leído, de un escritor cualquiera que habla de sí mismo, algo más limpio, más emocionante ni más hermoso. Si Acevedo Hernández debe pasar a la historia literaria chilena, no hay duda de que ese artículo suyo, perdido hoy entre las páginas de un diario, figurará entre lo mejor que haya salido de su pluma. Hay allí una sinceridad, una dignidad y una humildad conmovedoras.

No se dónde estará en estos momentos Antonio Acevedo Hernández, pero, dondequiera que esté, quisiera que le llegara el testimonio de ~~mi~~ mi amis-

tad y de mí compañerismo. ¿Qué importa, hermano Antonio, que nadie escriba sobre nosotros, que nadie nos haga homenajes o que nadie sepa cómo vivimos y cómo luchamos? El escritor es como un obrero de obra fina, un zapatero o un mueblista: trabaja, crea, recibe alguna vez una palabra de admiración o de comprensión y luego, cuando le llega la hora, muere.

Moriremos, Antonio, como esos obreros, con la herramienta en la mano. Y lo mismo nos ocurriría o nos iría a ocurrir si nos hubiéramos hecho leñadores. Los rotos como nosotros no destiñen. Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©